

—Sí; aquí está, señorita.

—Veámosla.

Y cogiendo el manuscrito, le hojeó, leyendo aquí y allá algunas líneas con curiosidad.

—Está bien, caballero; me gusta. Hacedme el favor de leer...., porque esto es un poco largo.... ¿Veréis bastante con la luz de esta lámpara?.... No, no veréis; aproximad la mesa mientras bajo la luz.

Y levantándose vivamente, bajó la suspensión hasta que la lámpara casi tocó con la mesa. Después se dejó caer en el diván, y, recostándose, dijo:

—Vamos.... ¿Hacéis favor de leer?

Animado como debía de estarlo por aquellos preliminares, Felipe comenzó la lectura de su drama. Los que hayan conocido semejantes martirios, le tendrán una compasión fraternal.

Había llegado á la mitad del tercer acto, sin haber obtenido de su auditorio el menor signo de aprobación, ni aun de atención siquiera, ni una palabra, ni un gesto, ni un suspiro. Inmóvil, muda, en la actitud de un mármol sobre una tumba, la joven actriz levantaba apenas y á raros intervalos sus largas y oscuras pestañas para lanzar sobre el lector una rápida mirada, y después volvía á caer en su languidez.

Hubo un momento en que Felipe la creyó completamente dormida, y entonces sintió pasar por sus venas el frío de la desesperación, el frío de la muerte.

De pronto Mary Gérald se enderezó, y, levantándose del diván, fué á sentarse enfrente de Felipe, y apoyando un codo sobre la mesa, posó sobre la mano

su hermosa y trágica cabeza: así, inclinada hacia el joven, con los ojos fijos y húmedos por la emoción, le escuchó ávidamente.

Sofiar que se cae en el horror de la nada, y despertarse de repente en todo el esplendor de la vida, de la gloria y de la juventud: tal fué en aquel instante divino la sensación del poeta.

Mientras acababa su lectura, Mary Gérald no se movió, escuchándole atentamente y teniendo la sien apoyada sobre una mano, cuyos dedos se internaban en sus negros y espesos cabellos.

Cuando Felipe cerró el manuscrito, vió que dos lágrimas se deslizaban por las mejillas de la joven, quien, levantándose, dió la vuelta á la mesa, y vino á detenerse delante del dichoso poeta.

—Caballero (le dijo con voz baja y

un poco ronca, apoyando las dos manos sobre sus hombros). ¡Sois un poeta!

Felipe estaba demasiado conmovido para responderla; pero, cogiéndola el pañuelo con el cual había enjugado sus lágrimas, le besó.

—Guardadle, si queréis, — dijo la joven.

Ya no usaba el acento libre y varonil que tenía cuando Felipe había entrado; su voz había vuelto á recobrar su gracia femenina y aquellas inflexiones dulces y armoniosas que eran en escena una de sus más poderosas seducciones.

—¡Dios mío! (murmuró como hablándose á sí misma.) ¡Qué feliz he sido!... ¡Cuán delicioso es estar bajo el encanto de admirar, de amar, de tener fe en algo!...

Y echando su cabeza hacia atrás,

fijó en el joven sus ojos, á un tiempo sonrientes y llenos de lágrimas.

—¿No es cierto, Felipe?—le dijo.

Felipe iba probablemente á responderla que era de su parecer; pero esta escena tan agradable, y que aún podía haber llegado á serlo más, fué bruscamente interrumpida por la satánica doncellita, que apareció en el dintel de la puerta.

—Señora (dijo); el señor Conde está ahí.

—Pues que entre,—dijo Mary Gérald.

—Desea (dijo la imperturbable muchacha) hablar á la señora en particular.

—¿En particular? No hace falta; hacédle pasar.

—Un hombre como de cincuenta años, alto y de aspecto distinguido, se

presentó en el saloncito, mostrando toda su dentadura en una abierta sonrisa, y posando una mano sobre su corazón, se inclinó casi hasta tocar el suelo.

—Perdonad, querida mía (dijo): os traía la respuesta de San Petersburgo.

—¡Ah! Y bien, ¿qué?

—Os ofrecen cuarenta mil francos y un beneficio.

—Son buenas proposiciones (dijo Mary Gérald); pero ya sabéis que debo cuarenta mil francos á Lafosse.

El Conde volvió á inclinarse hasta tocar la alfombra, y mostró de nuevo sus magníficos dientes.

—Eso no sería (dijo) una dificultad difícil de vencer.

—¿Podéis vencerla vos? (replicó la joven, con tono burlón y altanero.) Además (prosiguió), he cambiado de idea,

porque este señor acaba de leerme una obra, en la que tengo un papel que me ha entusiasmado.

—¡Ah!—dijo el Conde.

Y poniendo la mano sobre su corazón, saludó profundamente al joven, haciéndole también el honor de enseñarle los dientes.

Felipe le devolvió su reverencia con gravedad, y enrollando el manuscrito de *Fredegunda*, se apresuró á despedirse.

—Pero, caballero (dijo la actriz), necesito que me dejéis vuestra obra, porque yo misma quiero recomendarla á Lafosse.... ¿Le conocéis?

—¿Lafosse?

—Sí, mi director.

—No, no le conozco.... ¿Qué clase de hombre es?

—Lafosse no es un hombre.... Es

un saltimbanqui....; pero precisamente porque es un saltimbanqui y no sabe ortografía, le gustará mucho representar una obra en verso, para darse aires literarios.... Conque hasta otro día, caballero.

—¡Señorita! Creed que estoy verdaderamente confundido....

—¿Con mis bondades?... No valen la pena....; hasta la vista.

Felipe llegó á su casa trastornado de emoción. Durante la noche se despertó varias veces para cubrir de besos un pañuelito perfumado que había puesto bajo su almohada. En los intervalos tenía sueños extraños; los unos de una dulzura celeste, y los otros menos poéticos.

Tan pronto Mary Gérald se le aparecía grave y silenciosa como una musa, con los ojos llenos de pasión y

de entusiasmo, inclinándose hacia él y murmurando con su voz encantadora: «¿No es cierto, Felipe?» Después le pedía de repente ochenta mil francos, lo que le ponía en un gran compromiso; entonces, por una horrosa metamorfosis, la joven tomaba la apariencia de un oso polar, que enseñaba sus afilados dientes y saludaba poniendo una pata sobre su corazón.

Estos agitados sueños resumían fielmente las impresiones que Felipe había recogido en aquella primera entrevista, que le había hecho transportarse bruscamente de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, dejándole deslumbrado, nervioso, atormentado por los celos que tenía de la Rusia y del mundo entero.

Después que pasó dos ó tres días en una gran impaciencia (durante los

cuales Felipe ni siquiera se acordó del doctorado), recibió una atenta carta del director Lafosse, que, dicho sea de paso, no era un saltimbanqui más que en el vocabulario familiar de Mary Gérald.

El señor Lafosse había leído *Fredegunda*, y le había gustado; así es que rogaba al señor de Boisvilliers que fuese al día siguiente al teatro para arreglar allí con él la distribución de los papeles, si es que pensaba que aquella obra notable se pusiera inmediatamente en escena.

Como, en general, se exagera mucho la dificultad que encuentran los jóvenes autores para hacerse acoger en los teatros de París, Felipe creyó que un éxito tan pronto y tan decisivo era un favor excepcional de la suerte; favor que, sin duda, debía en parte al

valor de su obra; pero que también debía probablemente á la influencia tutelar de Mary Gérald, y, por fin, á la circunstancia de encontrarse el director Lafosse sin nada nuevo que anunciar en los carteles para concluir la temporada de invierno.

Lo cierto es que una semana más tarde Felipe asistía á los primeros ensayos de *Fredegunda*, y sus versos, modulados por los armoniosos labios de Mary Gérald, resonaban en su oído como una música del cielo.

Ya las crónicas de los periódicos anunciaban ruidosamente el acontecimiento del *debut* de un poeta dramático, ocupando con su nombre la curiosidad parisién.

Felipe gustaba las primeras dulzuras de la gloria, y al mismo tiempo conocía el sentimiento de inquietud,

de espanto y de pudor alarmado que causa á un alma delicada el gran día de la publicidad; pero, á través de sus emociones literarias, su amor por Mary Gérald era cada vez el más grande de sus tormentos y la más punzante de sus angustias. La veía todos los días en el teatro y algunas veces en su casa, y su amor por ella aumentaba cada día, aunque había momentos en que creía odiarla, al ver que no era tal como él la hubiera deseado, la pura sacerdotisa del arte que él había soñado, guardando, en su vida de teatro, una dignidad heroica, volviendo á su casa como á un claustro, y allí inspirándose en aquella soledad sagrada, que no debía turbar ningún profano (á excepción tal vez de un joven poeta).

Felipe se desesperaba al ver sus maneras bohemias con sus compañe-

ros de teatro, su disipación mundana y las galanterías familiares que toleraba, los ramos que la arrojaban á la escena, los amigos que tenía y los amantes que la suponían; pero lo que había de más terrible es que no la amaba menos por esto.... ¡Ay, al contrario!

La actitud de la actriz, por su parte, era la más á propósito desgraciadamente para redoblar aún su pasión, y también sus sufrimientos. Sea por casualidad, sea con intento, el caso es que se portaba con él de una manera excesivamente caprichosa y desigual.

Durante los ensayos, cuando no estaba en escena, bajaba algunas veces á la obscura sala donde el joven autor estaba sentado y solo; entonces oía el roce de su vestido cuando se deslizaba

por entre las butacas de orquesta, y entreveía en aquella semiobscuridad su blanco rostro. Mary murmuraba á su oído algunas palabras con gracia y coquetería, y casi.... con ternura.

—¿No tenéis frío ahí sólo?... Os vais á helar.... ¿Queréis mi abrigo?... Vamos, ¿estáis contento de mí?... Sí.... ¿verdad? Entonces, ¿por qué estáis triste? ¿Por qué tenéis ese aire que parece que estáis meditando un suicidio?... ¡Singular personaje!

Luego se retiraba discretamente, yendo á las tablas á recobrar su papel de joven reina.

Todo esto había sido delicioso; pero un instante después la encontraba tan distraída y tan indiferente, que su corazón, pronto á ensancharse, se volvía á oprimir en seguida.

Muchas veces, durante varios días,

la joven parecía no conocerle, y mientras tanto la veía prodigar sus gracias á la necia turba de sus cortesanos. El orgullo de Felipe se indignaba, y entonces tomaba la enérgica resolución de sofocar aquella pasión fatal...., lo cual nunca conseguía.

Mary Gérald estaba en aquellos días muy preocupada con una representación que tenía que dar para su beneficio, y que debía ser un acontecimiento parisién. Iba á hacer el papel de *La Dama de las Camelias*, que aunque no pertenecía al repertorio de su teatro, en honor á ella habían autorizado al director Lafosse para representarla una vez como un extraordinario.

La noche de su beneficio alcanzó un éxito ruidoso. Después del último acto, Felipe de Boisvilliers corrió á su cuarto para felicitarla; pero le encon-

tró tan lleno de admiradores delirantes, que su entusiasmo personal se paralizó, y se retiró furioso á ocultarse detrás de un biombo, donde Mary Gérald pareció no apercibirle. Ya iba á retirarse con la muerte en el alma, cuando oyó la voz de la joven, que le llamaba.

—Amigo mío, quedaos; tengo que hablaros.

Al oír estas palabras, los que allí había se retiraron, y Felipe se encontró muy pronto frente á frente de la triunfante estrella, que, mirándole fijamente, con los ojos brillantes aún por la fiebre de la gloria, le dijo bruscamente:

—¿He estado bien? ¿Os he gustado?

—¡Oh, admirable! ¡Os traía mis lágrimas calientes aún....; pero todas esas gentes me las han helado!

—¡Todas esas gentes me las han helado! (repitió Mary, imitando su acento con complacencia.) ¡Y qué queríais que hiciera? ¿Queríais que cogiera un palo para arrojarlos de aquí?... ¡Oh, os comprendo perfectamente....; comprendo vuestro carácter!.... En fin, ya estamos solos. Estáis contento, ¿no es verdad? ¿Es esto lo que deseábais? Y después de todo, ¿qué ventaja encontraréis en ello?

—¡Ah! (murmuró el joven en voz baja y emocionada.) ¡Tengo tantas cosas que deciros!

—¿Conque muchas cosas?... Pues bien, no las digáis, amigo mío: creedme, os lo aconsejo.

Y la joven empezó á quitarse los adornos delante de un espejo, mientras seguía hablando.

—Sois un joven distinguido, un hijo

de familia muy bien educado por personas dignísimas....; esto se conoce á primera vista.... Os casaréis con una mujercita á quien améis, y que sea tan honrada como vos, porque vos sois muy honrado; lo sé.... Pues bien: después de esto, ¿qué tenéis que decirme á mí?... Cosas insensatas.... No; escuchadme, Felipe; voy á deciros lo que haremos mañana; venid á buscarme á mi casa al mediodía, y luego iremos juntos al cementerio de Mont-Parnasse.

—¡Al cementerio de Mont-Parnasse!

—repitió Felipe con asombro.

Pero Mary Gérald estaba muy seria, y mientras quitaba unas flores de su cabeza, añadió con acento sincero y conmovido:

—Tengo allí á mi madre, amigo mío, y voy todos los meses á visitarla.

y tendría un verdadero placer en que me acompañaseis mañana.

Felipe la dió las gracias por una muestra de confianza tan particular, que le conmovió hasta el fondo de su corazón, como se hubiera conmovido á su edad y en su lugar el lector que sorrie.

—Y ahora (replicó la joven), tengo que desnudarme. Conque, dadme un apretón de manos, y marchaos.

IV.

Al día siguiente, á la hora de la cita, Felipe de Boisvilliers estaba en casa de la joven actriz, á quien ya encontró dispuesta para salir. El traje negro con que se había vestido, adecuado al caso, hacía resaltar la elegante distinción de su belleza. Tenía un aire de dicha, de candidez y de recogimiento, que parecía una joven patricia que se dispone á cumplir un gran acto de devoción.